

ANICETO PETIT

Pedro DEL GUAYO LITRO
anelier@hotmail.com

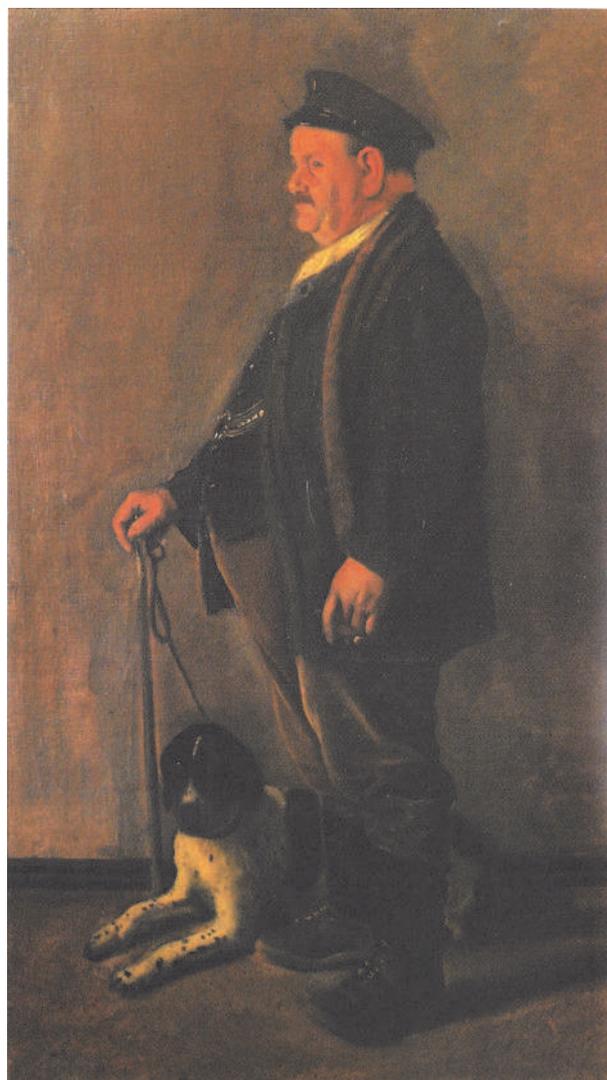
Aniceto Petit Mendaza vino al mundo en Estella el 17 de abril de 1863. Su juventud se vio envuelta en la última de las guerras carlistas y mientras Pamplona era sometida a un bloqueo que duraría desde septiembre de 1874 hasta febrero del 75, el joven Petit se formaba en el oficio de zapatero en la ciudad del Ega. Años después se casó con María Echávarri Iñigo, natural de Muez y nacida el 26 de noviembre de 1853. Aun teniendo diez años más que Aniceto, decidieron unir sus caminos y construir un futuro común.

En el año 1897 se instalaron en Pamplona en el número 4 de la calle San Gregorio y Petit comenzó una poco beneficiosa labor de zapatero. Según cuenta la historia popular le robaron el primer par de zapatos que hizo. Por su carácter y personalidad Aniceto consiguió integrarse de forma plena en la sociedad pamplonesa y convertirse rápidamente en uno más de sus vecinos.

En su nueva vida en la capital navarra nos lo podemos imaginar asistiendo a todos los eventos sociales y acontecimientos extraordinarios que se dieron lugar en aquella vieja Pamplona. Al fin y al cabo en un mundo como aquel, cualquier suceso que rompía la rutina diaria era comentado hasta la saciedad y terminaba siendo conocido incluso por el más despistado. Por ello me van a permitir que, junto a los datos de su vida, señale también momentos destacados de la historia de la ciudad, ya que sin duda alguna Aniceto llegaría a ser, de una forma u otra, testigo visual o conocedor de los mismos.

Así, como la mayoría de sus vecinos, Petit y su esposa habrían estado presentes el 19 de noviembre de 1899 en el multitudinario entierro de Hilarión Eslava y también llegarían a pasear asombrados bajo el nuevo túnel de la plaza del Castillo, iluminado por coloridas bombillas con motivo de los sanfermines de 1901. Precisamente ese mismo año, como el oficio de zapatero no le reportaba suficientes ingresos, decidió obtener plaza de portero en el viejo colegio de Santo Tomás, en el número 12 de la calle Calderería.

También nos lo podemos imaginar entre el público asistente a la visita del rey Alfonso XIII en 1902, mezclándose entre los cientos de vecinos



Julio Briñol. Aniceto Petit. Ayuntamiento de Pamplona.

que salieron a saludar y ovacionar al monarca por las calles de la ciudad. De igual manera es muy posible encontrarlo un año después contemplando la finalización de las obras de la estatua de los fueros y la inauguración de la nueva fachada de la iglesia de San Lorenzo. Incluso es posible que siempre que pudiera permitírselo se acercaría a los diferentes espectáculos que había en la ciudad, como el del famoso teatro-cine Labarta, pues la magia del séptimo arte encandilaba sobremanera a la mayoría de aquellos pamploneses de principios de siglo.

Petit fue durante toda la vida amigo del buen comer y del buen beber y no me refiero solo a la calidad de lo ingerido, sino también a su

cantidad. Como buen triperero que era conocería todos los rincones gastronómicos de aquella Pamplona: desde la fonda La Perla de la plaza del Castillo, hasta la churrería de Balbino de la calle Zapatería. Me lo imagino paseando y visitando toda buena celebración como aquellos festejos que en mayo de 1906 recorrieron la vieja Pellejería con motivo del cambio del nombre de la misma, a iniciativa de sus vecinos, en honor del alcalde Joaquín Jarauta.



Cuerpo de guardia Portal de Francia (1905).

Pero sin duda alguna uno de los acontecimientos más importantes que viviría por aquellos años fueron los funerales del ilustre Pablo Sarasate. El 25 de septiembre de 1908 Pamplona se volcaba en cuerpo y alma en despedir a quien había alcanzado las cimas más altas de la fama y que pese a ello, siempre que podía regresaba a la pequeña ciudad que le vio nacer para dibujar cientos de sonrisas en sus agradecidos paisanos. De seguro que Aniceto sería buen conocedor o habría llegado a participar en las efusivas bienvenidas que se hacían al músico durante las fiestas de san Fermín. Pero a diferencia de esas alegres ocasiones, la pena estuvo presente aquel aciago viernes de 1908, cuando miles de pamploneses acompañaron al coche fúnebre con los restos de su admirado artista hasta el cementerio de San José y participaron sentidamente en los actos de su despedida. De seguro que este sería un triste día para todos.

Al año siguiente Petit dejó el trabajo de portero y regresó a su antiguo oficio, abriendo una nueva zapatería en el número 31 de la calle San Gregorio. Se ve que quería dar otra oportunidad al oficio que había mamado desde pequeño y que llevaba en su interior. Pero sus sueños se diluyeron con la misma rapidez que cae la lluvia y acabó cerrando el negocio, pidiendo la plaza de perrero municipal. Eran estos momentos de cambio en la vida de Aniceto, momentos de transformación.

Por esas mismas fechas Pamplona también se hizo un lavado de cara. Tras muchos siglos

echando raíces en el viejo burgo de San Cerin, ese año de 1909 se derribó el centenario caserón que albergaba el Consejo Real, la antigua cárcel y la perrera, con el inmediato traslado de ésta última a la calle Jarauta, donde hoy tenemos la plazuela de Santa Ana. Tal vez este hecho fue el que le abrió una nueva oportunidad laboral a Petit.

En el mes de diciembre, al mismo tiempo que pasó a estar en nómina como empleado municipal, cambió su domicilio a la calle San Nicolás, más concretamente al cuarto piso del número 29. En el nuevo edificio conocería a los Sagaseta, personas humildes, buenas y trabajadoras. Eran cuatro hermanos de los que tres, Primitiva, Cruz y Bonifacio, seguían solteros a sus veintipocos años y aún vivían en el hogar, ejerciendo de cabeza de familia la mayor, Vitoria, una joven viuda de treinta y cuatro años.

Además de a esa familia, Petit y su esposa conocerían a otra vecina: Tomasa Oier Irisarri. A sus sesenta y seis años esa buena mujer natural de Unzué, viuda desde hacía ya tiempo y analfabeta, rebosaba una admirable energía, trabajando duro en lo que fuera para ganar el sustento. Sus nuevos vecinos nos dejarían una pintoresca descripción de ese perrero municipal de cuarenta y seis años como un hombre bonachón, rechoncho, mofletudo, hablador y comunicativo.



Derribo de las muralla de Pamplona, Baluarte de la Reina (25 de julio de 1915).

El día a día como lacero municipal se desarrollaba entre largos paseos por la ciudad. En su constante caminar sería testigo presencial de todos los momentos en los que Pamplona renovó su fisonomía. Por ello, en 1910 asistiría a la apertura al público de la nueva plaza de San Francisco y observaría el comienzo de la construcción del magnífico edificio de La Agrícola, que se inauguraría dos años después como el Grand Hotel. Al acercarse al baluarte de Redín lograría ver el fuerte de San Cristóbal, cuyas obras se terminaron ese mismo año, así como el derrumbe de la fuente de la Beneficencia de la



Exterior del portal de Tejería (1905).

plaza del Castillo y el descenso de la bellísima estatua de la Mari Blanca de su pétreo pedestal, aunque a partir de 1913 la vería recolocada en la nueva plaza de San Francisco.

Pero también el oficio de perrero municipal le hacía salir de la vieja ciudad amurallada y bajar al barrio de la Rochapea casi a diario. Allí saludaría a las lavanderas que se deslomaban en la orilla del río Arga junto a las escuálidas sombras que les proporcionaban unos jóvenes plataneros plantados por el Ayuntamiento a comienzos de siglo, motivo por el que aún serían muy pequeños. Conocía como la palma de su mano todos los rincones extramuros de Pamplona. Entre vinico y vinico y alguna partida que otra a la rana o a las bochas, pasaba las horas de ocio. No obstante, jamás descuidó su tarea y su buena labor era bien reconocida por todos.

El año de 1912 el rey Alfonso XIII volvió a visitar la ciudad y se realizó un festival aéreo en la Vuelta del Castillo que hizo las delicias de todos los pamploneses. Es probable que el bueno de Aniceto no andaría muy lejos del lugar.

Otro de los episodios que rompieron la rutina de aquella urbe de principios de siglo fue la inauguración del Plazaola. Seguro que al igual que otros muchos, no dejaría de asistir la mañana del lunes 19 de enero de 1914 a la estación del nuevo tren, el cual emprendió su primer viaje a



Lavanderas en el Río Arga (1903-1905).

las nueve y cuarto acompañado de numerosos vítores y disparos de cohetes.

Y llegamos así a 1915, año en el que se inició el derribo de de las viejas murallas. Muchos eran los que estaban cansados de ese pétreo corsé que les estrangulaba desde hacía ya demasiado tiempo y siguiendo las modas urbanísticas que ya se habían hecho efectivas en otras ciudades, apostaron por suprimir una parte de ellas para que la ciudad creciese a lo ancho. Ese mismo año (o tal vez antes, más nunca lo sabremos) Aniceto decidió presentarse como concejal en las elecciones que se iban a celebrar en noviembre.



Partida de bochas en la Venta Andrés (pp. Siglo XX).

En sus jornadas laborales y momentos de ocio transmitiría a sus amigos y vecinos el gran sueño que tenía en su mente. De su boca salió un discurso revolucionario, atrevido, de locos dirían muchos en aquellos momentos: traer un brazo de mar desde Pasajes hasta la Rochapea, donde se construiría un puerto marítimo. Por las calles de la vieja Pamplona empezó a extenderse la increíble propuesta de Petit y al poco tiempo se añadieron al proyecto dos más: hacer una enorme tubería para traer el pescado de forma directa y rápida desde el Cantábrico y eliminar

el monte de San Cristóbal para obtener piedra y acabar con el desempleo.



Fuente de la abundancia en Plaza del Castillo (1902).

Así que el viernes 12 de noviembre presentó en el Gobierno Civil una instancia para poder celebrar al día siguiente un mitin de propaganda electoral a las nueve de la noche en los salones del Vínculo. Las elecciones se desarrollarían ese domingo 14 y necesitaba la oportunidad de presentar de forma oficial su visionario proyecto. Pero como se puede leer en las actas de la sesión ordinaria del consistorio celebrada ese mismo día: "El señor Pascual pone en conocimiento de la Corporación que no hay local a propósito porque el único salón disponible está preparado para colegio electoral y además propone que no se conceda el Vínculo para estos actos porque pudiera ocurrir un incendio de gravísimo riesgo para 30.000 kg de harina y 10 o 12.000 robos de trigo que hay almacenados. Se niega la petición".

La sesión del Ayuntamiento se levantó a las seis y media de la tarde y con ella cayó el sueño de Petit. No tuvo más remedio que resignarse y seguir con su vida y oficio de perrero municipal. Una existencia humilde, trabajadora y digna de respeto.

El 15 de junio de 1918 logró atrapar un peligroso perro hidrófobo que mordió a varios congéneres mientras recorría el barrio de la Rochapea.

Pero el animal terminó atacando e hiriendo a Aniceto en un brazo y éste tuvo que partir hacia Zaragoza en el correo del mediodía para someterse al oportuno tratamiento antirrábico. Al final no pasó nada grave y Petit regresó sano y salvo a casa.

Y llegamos a 1919, un triste año para él pues el 9 de noviembre moría su esposa a los 65 años. Un cáncer intestinal se la llevó a las once de la mañana en el Hospital General. Un Petit, desolado y con el corazón roto acompañó el cuerpo de la que fuera su compañera hasta el cementerio, donde fue enterrada en una humilde fosa.

La tristeza invadió su vida pero su forma de ser y el cariño de todos sus vecinos hicieron que terminara superando el dolor. Como muestra del afecto que se le tenía, un joven pintor llamado Julio Briñol quiso inmortalizarle en un retrato donde se le puede ver con su prominente barri-ga, ese puro eterno en la boca y un perrico a su vera.



La Mari Blanca en Plaza San Francisco (1926).

En 1921, el mismo año en el que se incendió la vieja plaza de toros, se casó con Casilda Azcona, una muchacha de Lorca casi treinta años más joven que él (nació un 9 de abril de 1892) y con quien viviría el resto de sus días.



Paseo por la calle estafeta en San Fermín (1917).

Pasaron las semanas y los meses y la salud de Petit fue sufriendo un lento pero constante empeoramiento. El tabaco, la mala alimentación y quizás un poco adecuado consumo de alcohol, hizo que su salud comenzase a resentirse de forma seria. No obstante seguía con sus largos paseos y con sus carreras tras los perros, pero cada vez le costaba más.

Y así llegó el aciago día. A las diez de la mañana del domingo 19 de mayo de 1929 le encontraría la muerte en su casa de la calle San Nicolás. Una bronconeumonía, enfermedad muy común en esos años, fue la que le ayudó a cruzar al otro lado. Su mujer y varios de sus conocidos lo acompañaron hasta el cementerio, donde aquel que tanto alegró la vida de sus amigos y vecinos y que soñó con una nueva ciudad, dormiría el sueño eterno en la fosa 13 sita en la línea 11 del cuadro 7, gracias a una precarísima concesión. Su buen humor y su buen carácter dejarían una huella imborrable en aquellos que le conocieron y terminaría por formar parte de la cultura popular, pues al fin y al cabo Aniceto Petit Mendaza fue aquel perrero municipal que quiso ser concejal para traer el mar a Pamplona. **PREGON**

El autor es historiador y profesor.

Puente de Santa Engracia (1890).

